

La reclusa se torció los brazos de alegría y exclamó:

—Ya le predije que subiría al patíbulo. Gracias, sacerdote, gracias!

Púsose á pasear de prisa por detrás de las rejas de la ventana, espeluznada, con los ojos centelleantes, chocando en las paredes con los hombros, con el aspecto feroz de la fiera enjaulada que tiene hambre hace mucho tiempo y que conoce que se acerca la hora de que le den la comida.

VI.

Tres corazones de hombre muy diferentes.

Febo no había muerto: los hombres de esa especie tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, dijo á la pobre Esmeralda: *Se muere*, fué por error ó por chanza; cuando el arcediano repitió á la acusada: *Ha muerto*, él no lo sabía, pero lo creía ó esperaba que esto sucediese: hubiese sido muy duro para él dar á la mujer que amaba buenas noticias de su rival; cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto.

Grave fué sin duda la herida de Febo, pero no tanto como se figuraba el arcediano; el boticario á cuya casa le transportaron en seguida los soldados de la ronda temió durante ocho días que perdiese la vida, y hasta se lo dijo en latín; sin embargo, la fuerza de la juventud se sobrepuso á todo, cosa que con frecuencia sucede, y, á pesar de los pronósticos y diagnósticos, se empeñó en salvar al enfermo en las barbas del médico. Hallándose aun en la cama de casa del boticario sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisidores de la Curia, lo que le aburrió sobremanera; así es que una mañana, encontrándose mucho mejor, dejó sus espuelas de oro en pago al farmacópeo y salió de su casa; esto, sin embargo, en nada interrumpió el curso del proceso. La justicia de entonces era poco escrupulosa en punto á limpieza y exactitud en una causa criminal; con tal de que el acusado fuese á la horca, se daba por satisfecha, y los jueces tenían ya bastantes pruebas contra Esmeralda: creían que Febo había muerto y esto era suficiente. Febo no huyó muy lejos: se fué sencillamente á reunirse con su compañía, que estaba de guarnición en Quene-en-Brie, en la isla de Francia, á pocas leguas de París.

A Febo no le acomodaba comparecer personalmente en el proceso, conociendo que debía hacer en él por fuerza ridícula figura. En realidad no sabía qué pensar de este asunto. Indevoto y supersticioso como todo soldado que solo es soldado, cuando examinaba en su conciencia esta aventura no estaba tranquilo respecto á la cabra, ni al modo extraño de haber conocido á Esmeralda, ni á la manera no menos extraña con que ella le había dejado adivinar su amor, ni de su cualidad de gitana, ni, por último, del alma en pena del monje. Entreveía en esta historia más magia que amor; esa mujer era para él una hechicera, quizás el diablo; creía que ese suceso había sido una comedia ó, hablando en el lenguaje de aquella época, un misterio muy desagradable, en el que desempeñaba un papel desairado; el de los porrazos y de las rechiflas. El capitán estaba corrido, experimentando la especie de vergüenza que La Fontaine define admirablemente:

Honteux comme un renard qu' une poule au rail pris. (1)

Creía además que estando él ausente no se haría público y su nombre apenas se pronunciaría, y que en todo caso no pasaría de las puertas de la Tournelle. En esto no se equivocaba: entonces no existía ninguna *Gaceta* de los tribunales, y como no se pasaba ninguna semana sin hacer hervir á un monedero falso, sin ahorcar á alguna bruja ni sin quemar á algun hereje en alguna de las innumerables *justicias* de París, las gentes se habían acostumbrado ya á ver en todas las calles de la capital á la decrepita Thémis Feudal, con los brazos desnudos y arremangada hasta los codos, ejercer su oficio en las horcas, en las escalas y en las picotas, y esto ya no les llamaba la atención, ya no hacían caso de ello. El gran mundo de aquella época apenas sabía el nombre del reo que pasaba por la esquina de la calle; el populacho si acaso era el único que se regalaba con este manjar grosero. Una ejecución era un incidente tan habitual en la plaza pública, como la tahona del panadero ó como la carnicería del carnicero. El verdugo solo era una especie de carnicero más encopetado que los demás.

No tardó, pues, Febo en tranquilizarse respecto á este asunto y respecto al resultado del proceso; pero apenas vió vacante por este lado su corazón, la

(1) Corrido como una zorra cautiva de una gallina.

imagen de Flor de Lis volvió á ocuparlo. El corazón de Febo, como la física de entonces, sentía horror al vacío. Por otra parte, en aquella época, Quene-en-Brie era un sitio muy insípido, un poblacho de herradores y de vaqueras de manos desquebrajadas; era un largo cordón de casucas y de cabañas, que ceñía el camino real por uno y por otro lado.

Flor de Lis fué la penúltima pasión de Febo; era una hermosa jóven y tenía una gran dote; por lo que una mañana, estando ya el capitán curado y presumiendo con fundamento que dentro de dos meses el asunto de la gitana estaría ya concluido y olvidado, el enamorado caballero llegó caracoleando á la puerta de la casa Goudelaurier.

No hizo caso de la mucha gente que se apiñaba en la plaza del Atrio, delante de la portada de Nuestra Señora; se acordó de que estaba en el mes de Mayo y supuso que se reuniría por ver alguna procesion ó alguna fiesta; ató tranquilamente las riendas de su caballo á la argolla del pórtico y subió alegremente á casa de su hermosa prometida.

Esta estaba sola con su madre.

Flor de Lis no había olvidado á la hechicera ni á su cabra, el alfabeto maldito ni las largas ausencias de Febo; pero cuando vió entrar al capitán, le encontró tan gallardo con uniforme tan nuevo, con bandolera tan reluciente y con aire tan apasionado, que se ruborizó de placer.

La noble doncella estaba también más hermosa que nunca; llevaba sus magníficos cabellos rubios trenzados con primor y vestía de color azul celeste, que tan bien sienta á las mujeres blancas, refinamiento que había aprendido de Colomba; y además tenía los ojos empapados en la dulce languidez del amor, que todavía sienta mejor á esta clase de mujeres.

Febo, que no había visto ninguna mujer hermosa despues que acostumbró su vista á los marimachos de Quene-en-Brie, quedó hechizado al volver á ver á Flor de Lis, lo que le dió una soltura tan galante y tan obsequiosa, que hicieron las paces á los pocos momentos. La misma noble viuda de Goudelaurier, sentada siempre maternalmente en su gran poltrona, no tuvo valor para reñir al oficial, y las reconvenções de Flor de Lis terminaron en tiernos arrullos.

La jóven estaba sentada cerca de la ventana, bordando todavía la gruta de Neptuno; el capitán estaba apoyado en

el respaldo de su silla, y ella le dirigía á media voz cariñosas reconvenções.

—¿Puede saberse qué ha sido de vuestra merced durante dos meses cumplidos, mala pieza?

—Os juro, respondió Febo, algo confuso al oír esa pregunta, que estais tan hermosa que sois capaz de trastornar la cabeza á un arzobispo.

Flor de Lis se sonrió.

—Dejad á un lado mi hermosura y respondedme: ¿qué os habeis hecho esos dos meses?

—Pues bien; he estado de guarnición con mi compañía.

—En dónde? ¿Por qué no vinisteis á despediros de mí?

—En Quene-en-Brie.

Febo veía con gusto que la primera pregunta le ayudaba á esquivar la segunda.

—Pues eso está muy cerca; ¿cómo no habeis venido á verme ni una sola vez?

Esta pregunta embarazó verdaderamente al capitán.

—Pues... no pude... el servicio... y despues estuve enfermo.

—Enfermo? preguntó ella asustada.

—Sí... herido.

—Herido!

La pobre niña estaba sobresaltada.

—No os asustéis por eso, contestó con indiferencia Febo; no fué nada... una riña... una estocada... eso no debe importaros.

—Que no debe importarme? exclamó Flor de Lis, levantando sus hermosos ojos llenos de lágrimas. No decís lo que pensais al hablarme de ese modo; ¿por qué fué esa estocada? quiero saberlo.

—Pues bien; he tenido una camorra con Mahé Fedy, el teniente de San German, en Laya, y ambos nos hemos descosido algunas pulgadas de pellejo. Eso es todo.

El mentiroso capitán sabía muy bien que un lance de honor realza siempre al hombre ante la mujer; y, en efecto, Flor de Lis le miraba fijamente, conmovida de miedo, de placer y de admiración; sin embargo, no estaba completamente tranquila.

—Si estais completamente curado me tranquilizaré. No conozco á ese teniente, pero debe ser un pícaro. ¿Por qué fué la riña?

Al oír esto, Febo, cuya imaginación era poco fecunda, no sabía cómo justificar la proeza que inventó.

—Qué sé yo! por nada... por unas palabras... por un caballo... ¿Sabreis de-

oírme por qué hay tanto ruido en la plaza del Atrio? preguntó en seguida por cambiar la conversacion.

Acercóse Febo á la ventana y dijo:

—Venid, Flor de Lis, y vereis cuánta gente se ha reunido en la plaza.

—Me parece, contestó ésta, que es por ver á una hechicera que vá hoy á retractarse públicamente delante de la iglesia, y que despues vá á ser ahorcada.

Tan completamente olvidado creia ya el capitán el proceso de la Esmeralda, que apenas hizo alto en las palabras de Flor de Lis; sin embargo, la dirigió una ó dos preguntas.

—Cómo se llama esa hechicera?

—No lo sé.

—Qué crimen ha cometido?

Flor de Lis se encogió de hombros y dijo:

—No lo sé.

—Jesús! Jesús! dijo la noble viuda; hay tantos hechiceros en estos tiempos, que creo que los quemar sin saber siquiera sus nombres, porque eso equivaldria á querer saber el nombre de cada nube del cielo. Pero eso no importa, porque Dios ya lo sabe.

La noble viuda se levantó y se asomó tambien á la ventana.

—Teneis razon, Febo; hay tanta gente, que hasta se aglomera encima de los techos. Esto me recuerda mis floridos años. En la entrada del rey Carlos VII habia tanta gente como ahora. Cuando os hablo de esas cosas os parecen viejas y á mí me parecen nuevas. Otra gente era aquella, mejor que la de ahora. Habia en dicha entrada gente hasta sobre las buhardas de la puerta de San Antonio. El rey llevaba á la reina á la grupa, y despues de los altezas seguian todas las señoras. Recuerdo que se reian mucho; que al lado de Amazon de Galarde, que era muy bajito, iba el señor Matefelson, que era de estatura gigantesca. Era espectáculo muy hermoso ver en procesion á todos los gentiles-hombres de Francia con sus oriflamas encarnadas; los habia de pendon y de bandera. El señor de Calau era de pendon; Juan de Chateaurant de bandera; el señor de Concy llevaba la bandera más grande que todas, exceptuando la del duque de Borbon. Ay! ¡es triste pensar que todo eso ha existido y que no existe ya!

Los dos enamorados no oian á la respetable viuda. Febo habia vuelto á apoyarse de codos sobre el respaldo de la silla de su prometida, puesto precioso, desde el que su mirada libertina pene-

traba por todas las aberturas de la gorguera de Flor de Lis. Dicha gorguera se abria tan á propósito, y dejaba ver tantas cosas exquisitas, y dejaba adivinar otras tantas, que Febo, deslumbrado al ver aquel cutis, que reflejaba como el raso, se decia á sí mismo: ¿Cómo se puede amar á una mujer que no sea blanca?

Los dos amantes guardaban silencio; la niña levantaba hasta él los ojos apasionados y dulces, y sus cabellos se confundian con un rayo de sol de la primavera.

—Febo, dijo de pronto Flor de Lis, dentro de tres meses nos casaremos; juradme que no habeis amado á ninguna otra mujer.

—Os lo juro, ángel mio, respondió el capitán, y su mirada apasionada se unia al acento sincero de su voz para convencer á Flor de Lis, y él se creia á sí mismo quizás en este momento.

Entre tanto la noble viuda, encantada de ver á los prometidos en tan buena inteligencia, acababa de salir de la cámara obligada por una tarea doméstica. Febo se apercibió de ello, y tanto alentó la soledad en que quedaban al aventurero capitán, que le ocurrieron ideas muy extrañas. Flor de Lis le amaba, era su prometida y estaba sola con él; el antiguo amor que la doncella noble le inspirara habia renacido en él, no con toda su frescura, pero sí con todo su ardor, y al fin y al cabo no es un gran crimen comerse cada cual su trigo en flor... No sé si le ocurrieron estas ideas; lo cierto es que Flor de Lis quedó aterrada de repente al ver la expresion de sus miradas. La jóven miró á su alrededor y no encontró á su madre.

—¡Dios mio, dijo sofocada é inquieta, tengo mucho calor!

—Creo que falta poco para el medio dia, le contestó Febo; el sol es ya molesto; corramos las cortinas.

—No, no, exclamó la jóven; por el contrario, tengo necesidad de tomar el aire.

Como cierva que siente los ladridos de los perros de caza, púsose en pié y corrió á la ventana, abrióla y se salió al balcon.

Febo, aunque contrariado, la siguió.

La plaza del Atrio de Nuestra Señora, sobre la que caia el balcon, como ya sabemos, presentaba en aquel momento espectáculo tan singular y tan siniestro, que hizo cambiar bruscamente de

naturaleza el terror de la tímida Flor de Lis.

Inmenso gentío que refluia de todas las calles adyacentes llenaba por completo dicha plaza: la pequeña pared que rodeaba el atrio no hubiera bastado para mantenerle expedito á no guarnecerla una doble fila de alabarderos y de arcabuceros con culebrinas en las manos; merced á aquel bosque de picas y de arcabuces estaba el atrio vacío. Defendian además su entrada un grupo de alabarderos que ostentaban las armas del obispo. Estaban cerradas las anchas puertas de la iglesia, contrastando con las innumerables ventanas de la plaza, que estaban abiertas hasta las buhardillas y dejaban ver millares de cabezas apiñadas, con corta diferencia, como los montones de balas en un parque de artillería.

La superficie de aquel gentío era gris, sucia y terrosa: el espectáculo que esperaba era de aquellos que gozan del privilegio de extraer y de atraer la parte más inmunda de la poblacion. Nada era tan asqueroso como el rumor que se exhalaba de aquel hacinamiento de cofias amarillas y cabelleras mugrientas; en esa multitud habia más risas que gritos, más hombres que mujeres.

De vez en cuando alguna voz ágría sobresalía entre el clamor general:

—Eh! Mahieta, van á ahorcarla aquí?

—Imbécil! aquí vá á retractarse públicamente en camisa; esta retractacion se hace siempre á medio dia. Si quieres verla ahorcar vete á la plaza de la Grève.

—Despues iré.

—Eh! decidme, amiga mia, ¿es verdad que no se ha querido confesar?

—Parece que no ha querido.

—Pícara pagana!

—Caballero, esa es la costumbre. El baile del Palacio tiene obligacion de entregar la persona del malhechor, ya juzgado, para que se le ejecute, si es lego, al preboste de Paris, y si es eclesiástico, á la Curia del obispado.

—Gracias, caballero.

—Oh, Dios mio! decia Flor de Lis, ¡pobre criatura!

Este pensamiento entristecia sus miradas, que dirigia hácia la muchedumbre; el capitán, que se ocupaba más de ella que del gentío, manoseaba cariño-

samente por detrás la cintura de su prometida. Volvióse ésta con ademan risueño y suplicante y le dijo:

—Por favor, Febo, dejadme! si entra mi madre verá vuestra mano.

En este momento dieron lentamente las doce en el reloj de Nuestra Señora. Un murmullo de satisfaccion se escapó de la multitud. Se habia extinguido apenas la última vibracion de la duodécima campanada, cuando empezaron á agitarse todas las cabezas, como las olas á impulsos de un huracan, y clamor inmenso se alzó en el suelo, en las ventanas y en los techos:—Ya está aquí!

Flor de Lis se cubrió la cara con las manos para no ver.

—Quereis que nos vayamos dentro? le preguntó Febo.

—No, respondió ella; y los ojos que el miedo cerrara volvió á abrirlos la curiosidad.

Un carreton tirado por un robusto rocin normando y escoltado por caballería, cuyos ginetes vestian uniforme morado, que ostentaba cruces blancas, acababa de entrar en la plaza por la calle de San Pedro. Algunas patrullas de la ronda le abrian paso á latigazos. Caracoleaban al lado del carreton algunos oficiales de justicia y de policia, que eran conocidos por el traje negro y por la manera torpe de montar; iba al frente de ellos maese Jaime Charmolne. En el funesto carruaje iba sentada una jóven, con los brazos atados á la espalda, y que no llevaba sacerdote á su lado. Iba en camisa; sus largos cabellos negros (que era costumbre entonces de no cortarlos hasta el pié del patíbulo) caian esparcidos sobre su garganta y sobre sus hombros medio descubiertos. Al través de su ondulosa cabellera, más luciente que plumaje de cuervo, se veia retorcida y anudada una cuerda gruesa y rugosa, que desollaba sus delicados hombros y se enroscaba alrededor del lindo cuello de la desventurada jóven como un gusano sobre una flor; por debajo de la cuerda resplandecia un pequeño amuleto recamado de cuentas de vidrio verde, que le dejaron sin duda que llevara consigo, porque no se rehusa nada á los que van á morir. Los espectadores colocados en las ventanas podian descubrir en el fondo del carreton sus desnudas piernas, que ella trataba de ocultar, como por el último instinto de mujer. A sus piés iba tendida una cabra agarrotada; sostenia la víctima con los dientes su camisa mal

prendida, como si hasta en su fatal situación sufriese al verse expuesta medio desnuda á las miradas de la muchedumbre. No ha nacido el pudor para padecer tan crueles sobresaltos.

—Jesús! dijo Flor de Lis con viveza al capitán; mirad, Febo, mirad... Es aquella maldita gitana de la cabra.

Hablando así se volvió hácia el capitán; éste tenía los ojos clavados en el carreton y estaba sumamente pálido.

—Qué gitana de la cabra? preguntó balbuceando.

—Cómo! contestó Flor de Lis; ¿no os acordáis ya?...

—No sé lo que queréis decir, contestó Febo.

Y dió un paso para entrar en la sala; pero Flor de Lis, que estuvo en otra ocasión tan celosa de aquella gitana, volvió á sentir acaso los mismos celos y miró al militar con penetración y con desconfianza; en aquel momento recordó vagamente que oyó hablar de un capitán que intervino en el proceso de esa gitana.

—Qué teneis? preguntó á Febo; parece que os ha turbado esa mujer.

Febo se esforzó por aparentar indiferencia.

—A mí?... nada de eso!...

—Entonces quedaos en el balcon; aquí, á mi lado, y veamos hasta el fin.

No tuvo el capitán más remedio que complacer á su prometida: lo que le tenía algo tranquilo era que la sentenciada no apartaba los ojos del suelo del carreton. En el último escalon del oprobio y de la desgracia, Esmeralda estaba todavía hermosa; sus rasgados ojos negros parecían más grandes aun, á causa de tener hundidas las mejillas; su perfil lívido era puro y sublime. Desde lo que era á lo que fué había la diferencia que hay de una virgen de Massaccio á una virgen de Rafael; era ahora más débil, más aérea, más flaca.

Por lo demás, en ella todo, menos el pudor, parecía abandonado á la casualidad; ¡tanto habian marchitado su alma el delirio y la desesperación! Su cuerpo se bamboleaba á cada vaiven del carreton, como cosa muerta ó hecha pedazos; su mirada era sombría y extrañada; veíase aun una lágrima en su pupila, pero inmóvil y, por decirlo así, helada.

Atravesó la lúgubre cabalgata por el gentío, entre gritos de alegría y clamores diversos. Debemos decir, sin embargo, si hemos de ser fieles historiados,

que al verla tan hermosa y tan desdichada se conmovieron de lástima hasta los corazones más duros.

El carreton entró en el átrio: se paró en la portada central, y la escolta se formó en batalla en dos filas. Calló la numerosa multitud, y en medio de aquel silencio, lleno de angustia y de solemnidad, giraron las dos hojas de la gran portada, como por sí mismas, sobre sus goznes, que rechinaron como un pífano. Vióse entonces en larga perspectiva la profunda iglesia, enlutada con paños funerales, apenas iluminada por algunos cirios, que brillaban á lo lejos en el altar mayor. En lo más hondo de ella, en la sombra de la ábside, se entreveía gigantesca cruz de plata, destacándose sobre un paño negro, que caía desde la bóveda hasta el pavimento. La nave estaba desierta; veíanse, sin embargo, moverse las cabezas de algunos sacerdotes en las lejanas sillas del coro: en el momento en que se abrió la puerta principal, salió de la iglesia el canto grave, monótono y sonoro que arrojaba á bocanadas sobre la cabeza de la víctima fragmentos de salmos lúgubres:

“..... *Non timebo millia populi circumdantis me. Exsurge, Domine; salvum me fac, Deus!*”

“..... *Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam.*”

“*Infixus sum in limo profundí; et non est substantia.*”

Al mismo tiempo una voz aislada del coro entonaba sobre las gradas del altar mayor este melancólico ofertorio:

“..... *Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam æternam et in judicium non venit; sed transit á morte in vitam.*”

Ese canto, que entonaban algunos ancianos perdidos en la oscuridad y que dirigian desde lejos á aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, que acariciaba el aire suave de la primavera y que alumbraba el sol, era la misa de los difuntos.

El pueblo la oía con devoción.

La desdichada, llena de terror, parecía perder la vista y las ideas en las oscuras entrañas de la iglesia. Sus labios blancos se movian como si rezase, y cuando el criado del verdugo se le acercó para ayudarla á bajar del carreton, oyó que ésta repetía el nombre de Febo.

La desataron las manos y la hicieron bajar, acompañada de la cabra, que habian desatado tambien y que balaba de alegría al verse libre; obligaron á la jó-

ven á andar descalza por el duro empedrado hasta el pié de las gradas del frontispicio. La cuerda que llevaba al cuello iba arrastrando detrás de ella, como cullebra que la seguía.

Cesó entonces el canto de la iglesia: una gran cruz de oro y dos filas de cirios se pusieron en movimiento en las tinieblas; oyéronse sonar las alabardas de los pertigueros, y poco despues se desplegó ante la vista de la sentenciada y del público una larga procesion de presbíteros con casullas y de diáconos con dalmáticas, que se acercaba á la víctima gravemente y salmodiando: los ojos de ésta se fijaron en el que iba á la cabeza, inmediatamente despues del que llevaba la cruz.

—Oh, exclamó en voz baja y estremeciéndose; él es! ¡siempre el mismo sacerdote!

Era efectivamente el arcediano; llevaba el sochantre á la izquierda y á la derecha el chantre, armado con la vara de su oficio. Avanzaba con la cabeza echada hácia atrás, con los ojos inmóviles y abiertos y cantando con voz sonora:

“*De ventre inferi clamavi, et exaudisti vocem meam.*”

“*Et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumde dit me.*”

Quando el arcediano salió á la luz bajo la alta portada ojiva, cubierto con pesada capa pluvial de plata listada por una gran cruz negra, estaba tan pálido, que pareció á muchos que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las losas sepulcrales del coro, que se habia puesto en pié y que salía á recibir al borde de la tumba á la que iba á morir.

Esmeralda, que estaba tan pálida como él, y que parecía otra estatua, apenas advirtió que le pusieron en la mano un enorme cirio amarillo encendido, ni oyó la voz chillona del escribano que le leía el texto de la pública retractación, y cuando la dijeron que respondiera *Amén*, respondió: *Amén*. Fué necesario, para que recobrase vida y fuerza, que viese al sacerdote hacer señal á los que la custodiaban para que se alejasen y que se acercara solo hasta ella.

Sintió entonces hervir la sangre en la cabeza, y un resto de indignación encendió aquella alma, ya embotada y fría.

El arcediano se aproximó á Esmeralda, y vió ésta que hasta en su deplorable estado paseaba él por su desnudez las miradas chispeantes de lujuria, de

celos y de deseos. Despues la dijo en alta voz:

—Jóven sentenciada, ¿habeis pedido perdón á Dios de vuestras culpas y delitos? Mientras los espectadores creían que estaba recibiendo su confesión, en voz baja la dijo:—Quieres ser mia? Aun puedo salvarte.

Ella le miró de hito en hito y le contestó:

—Vete, demonio, vete ó te denuncio!

Sonriendo con sonrisa horrible exclamó:

—No te creerán, y añadirías el escándalo al crimen. Responde pronto; quieres ser mia?

—Qué es de mi Febo? le preguntó.

—Ha muerto.

Al decir esto, Claudio Frollo levantó maquinalmente la cabeza y vió al otro extremo de la plaza al capitán, en el balcon de la casa Goudelaurier, que estaba hablando con Flor de Lis.

Vaciló el arcediano sobre sus rodillas, se pasó la mano por los ojos, miró otra vez, murmuró una maldición y todas sus facciones se contrajeron violentamente.

—Pues bien, muere. Y luego añadió entre dientes: Nadie te poseerá!

Levantó entonces la mano sobre la cabeza de la gitana y gritó con voz fúnebre:—*¡Y nunc, anima anceps, et sit tibi Deus misericors!*

Tal era la terrible fórmula con que terminaban estas sombrías ceremonias: esta era la señal que el sacerdote hacia al verdugo.

El público se arrodilló.

—*Kyrie eleison*, dijeron los sacerdotes, inmóviles bajo la ojiva de la portada.

—*Kyrie eleison*, repitió la muchedumbre, con aquel rumor que recorre todas las cabezas, como el sordo murmullo de un mar alborotado.

—*Amén*, dijo el arcediano.

Volvió éste las espaldas á la sentenciada, inclinó la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos y se unió á la comitiva de sacerdotes; un momento despues se le vió desaparecer, lo mismo que á la cruz, los cirios y las capas pluviales, en las nebulosas galerías de la Catedral, y su voz sonora se iba extinguiendo por grados en el coro, entonando este versículo de desesperación:

“..... *Omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt!*”

Al mismo tiempo el choque intermitente de las ferradas astas de las alabardas de los pertigueros, extinguiéndose

lentamente por entre los intercolumnios de la nave, parecía la campana de un reloj anunciando la última hora de la víctima.

Las puertas de Nuestra Señora permanecieron abiertas, dejando ver la iglesia vacía, triste y enlutada, sin cirios y sin voz.

La sentenciada estaba inmóvil en su sitio esperando que dispusiesen de ella, y fué preciso que uno de los maceros avisase á maese Charmolne, que durante esta escena estaba estudiando el bajo-relieve de la portada principal que representa el sacrificio de Abraham, según unos, y según otros, la operación filosófica, representando el ángel al sol, el haz de leña el fuego y Abraham el artesano.

Con dificultad le separaron de su estudio, pero al fin lo consiguieron; volvióse é hizo señal á dos hombres vestidos de amarillo, los criados del verdugo, que se aproximaron á la gitana y la ataron las manos.

La desventurada jóven, en el momento de volver á subir el fatal carreton y de encaminarse á su última estación, sintióse acometida tal vez del amargo dolor de perder la vida. Levantó los ojos hácia el cielo, hácia el sol, hácia las nubes de plata, recortadas aquí y allá en trapecios y triángulos azules; luego tendió la vista al suelo, sobre la gente y sobre las casas. De repente, mientras el hombre amarillo le ataba los codos, lanzó la infeliz un grito terrible, un grito de alegría. En un balcon, á lo lejos, en un ángulo de la plaza, acababa de ver á su amado, á su señor, á Febo! El juez la engañó, el sacerdote la había mentido; era él, no podía dudarle; allí estaba hermoso, vivo, con su brillante uniforme, con la pluma en la cabeza y la espada en la cintura.

—Febo! gritó, Febo mio!

Quiso tender hácia él sus amantes brazos, sin pensar la infeliz en que los tenía atados: vió que el capitán arrugaba el entrecejo á una hermosa jóven que se apoyaba en él y que le miraba con ojos irritados y con labios desdefiosos; Febo pronunció en seguida algunas palabras, que ella no pudo oír, y ambos desaparecieron precipitadamente detrás de las vidrieras del balcon, que se cerró.

—Febo, ¿es posible que tú también lo creas?...

Acababa de acometerla un pensamiento monstruoso al acordarse de que la condenaron por el asesinato del capi-

tan Febo de Chateaupers; todo lo había resistido hasta entonces, pero este último golpe era demasiado violento y la infeliz cayó exánime sobre el empedrado.

—Vamos, transportadla al carreton y concluyamos, dijo maese Jaime Charmolne.

Nadie se había fijado en que en la galería de las estatuas de los reyes, esculpida encima de las ojivas de la portada, había un espectador que examinaba cuanto había sucedido, con tal impasibilidad, con el cuello tan tendido, con el rostro tan deformado, que á no ser por el traje, mitad rojo y mitad morado, se le hubiera podido tomar por uno de aquellos monstruos de piedra, por cuyas abiertas fauces desaguan hace seiscientos años las largas canales de la Catedral. Nada pasó desapercibido para aquel espectador de cuanto había pasado desde las doce delante de la portada de Nuestra Señora. Desde los primeros momentos, sin que ninguno le observara, ató fuertemente á una de las columnitas de la galería una récia maroma con nudos, cuyo cabo caía hasta la escalinata exterior del edificio. Hecho esto, se puso á mirar tranquilamente y á silbar cuando pasaba por delante de él algun mirlo.

De repente, en el instante en que los criados del verdugo se preparaban á ejecutar la flemática orden de Charmolne, saltó la balaustrada de la galería dicho espectador; asióse á la cuerda con los piés, con las rodillas y con las manos, y se escurrió á lo largo de la fachada como una gota de lluvia que se desliza por una vidriera; corrió hácia los dos criados del verdugo con la celeridad del gato que cae de un tejado; los derribó al suelo con la enorme fuerza de sus puños; levantó del suelo á la gitana con una mano, como quien coge una muñeca, y volvió de un salto hasta la Catedral, alzando á la jóven por encima de la cabeza y gritando con voz formidable:—*Asilo!*

Pasó todo esto con tal rapidez, que si hubiese sido de noche se hubiera podido ver todo á la luz de un solo relámpago.

—Asilo! asilo! gritó la muchedumbre, y diez mil palmoteos hicieron centellear de alegría y de orgullo el ojo único de Quasimodo.

Este sacudimiento hizo que la sentenciada volviese en sí. Abrió los párpados y vió á Quasimodo; luego volvió á cerrarlos de repente, como asustada de su libertador.

Charmolne quedó atónito, así como

los verdugos y toda la escolta; porque en efecto, en el recinto de Nuestra Señora la sentenciada era inviolable; la Catedral era un sitio de refugio y la justicia humana espiraba en sus umbrales.

Paróse Quasimodo bajo la portada principal: sus anchos piés se apoyaban con tanta solidez sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos; su enorme cabeza crespada se hundía entre los hombros, como la de los leones, que como él tienen melena, pero carecen de cuello. Sostenía á la jóven palpitante, suspendida de sus manos callosas como una colgadura blanca; pero la llevaba con tanta precaución como si temiese romperla ó marchitarla; comprendía que era cosa delicada, exquisita, preciosa, creada para otras manos que no fuesen las suyas, y no osaba tocarla, ni con su aliento. Despues, de pronto, la apretaba estrechamente en sus brazos contra su pecho anguloso, como si fuese su bien, su tesoro, como lo hubiera hecho la madre de la jóven; su ojo de gnomo, inclinado hácia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de compasión, y lo levantaba súbitamente lleno de relámpagos; entonces las mujeres lloraban y reían, la muchedumbre hervía en entusiasmo, porque en esos momentos adquiría Quasimodo su belleza particular. Aquel huérfano, aquel expósito, aquella escoria, sentíase augusto y fuerte y miraba de frente á aquella sociedad, á aquella sociedad que le desterraba de su seno y en la que intervenía tan poderosamente la justicia humana, á la que acababa de arrancar la presa; miraba cara á cara á todos aquellos tigres obligados á mascar en el vacío, á aquellos esbirros, á aquellos jueces, á aquellos verdugos y á toda aquella fuerza del rey, que él acababa de quebrantar con la fuerza de Dios.

Además, era espectáculo verdaderamente patético el que producía aquella protección con que amparaba un sér deforme á un sér desgraciado, una mujer condenada á muerte salvada por Quasimodo. Eran las dos miserias extremas: la de la naturaleza y la de la sociedad, que se tocaban y que se protegían mutuamente.

Despues de gozar algunos momentos de su triunfo, Quasimodo se internó bruscamente en la iglesia con su preciosa carga. El pueblo, al que las proezas entusiasman, le buscaba con la vista por debajo de la oscura nave, lamentando que se hubiera sustraído tan pronto

á sus aclamaciones. De repente se le vió reaparecer en una de las extremidades de la galería de los reyes de Francia; la atravesó corriendo como un insensato, levantando con los brazos su conquista y gritando:—*Asilo!*

El gentío prorumpió otra vez en aplausos. Despues de recorrer la galería volvió á internarse en la iglesia. Un momento despues se le vió en la plataforma superior, llevando siempre á la gitana, corriendo con locura y gritando:—*Asilo!*

Hizo, por fin, una tercera aparición sobre la cima de la campana mayor, desde donde mostraba con orgullo á todo Paris la víctima que acababa de salvar, y su voz tonante, aquella voz que se oía rara vez, repitió tres veces con frenesí:

—Asilo! asilo! asilo!

—Bien, bien, bravo! gritaba el público; y esta inmensa aclamación llenaba de asombro á la multitud de la otra orilla del río, á la turba de la plaza de la Grève y á la reclusa, que estaba esperando la ejecución con los ojos fijos en la horca.

LIBRO NOVENO

I.

Fiebre.

No estaba ya en la Catedral Claudio Frollo cuando su hijo adoptivo corrió tan bruscamente la red fatal en la que el desgraciado arcediano había cogido á la gitana y se había prendido él mismo. Cuando entró en la sacristía se arrancó el alba, la capa pluvial y la estola, tirándose las al bedel, estupefacto, y se escapó por la puerta secreta del claustro: mandó á un barquero que le trasladase á la orilla izquierda del Sena y se internó en las tortuosas calles de la Universidad, sin saber dónde ir, encontrando á cada paso grupos de hombres y de mujeres que iban de prisa y alegres hácia el puente de San Miguel, con la esperanza de llegar á tiempo de ver ahorcar á la gitana; el arcediano andaba apresuradamente por las calles, lívido, ciego y más sombrío y más atolondrado que una ave nocturna perseguida en la mitad del día por una turba de muchachos. Ni sabía dónde estaba, ni si soñaba ó estaba despierto; andaba,